

—Amigo, le dije, yo le estimo su convite y el deseo que tiene de hacerme beneficio; pero se ha engañado en su concepto creyéndome útil para el caso, pues para eso de campaña no es mi disposición gentil, sino hereje y judía, porque nada vale. Siempre he tenido miedo á que me aporreen, y he procurado evitar las ocasiones; y con todo esto no me ha valido. Una vez una vieja me estampó una chinela en la boca; otra, me puso al parto un payo á palos; otra, me molieron á trompones los presos de la cárcel en compañía del señor capitán Aguilucho, que no me dejará mentir; otra, me dieron una puñalada que por poco no la cuento; otra, me jorobaron á pedradas los indios de Tula; otra, me quebró setenta ollas en la cabeza un indio *macuache*; otra, me desmecharon unas cuscolinas; y por última, me aporreó un difunto en un velorio. Conque vean ustedes si soy desgraciado y con razón estoy acobardado.

—Vamos, dijo el Aguilucho, esas son delicadezas; los hombres no deben ser cobardes, mucho menos por niñerías. En esas pendencias que has tenido, Periquillo cobarde, ¿qué vara de mondongo te han sacado? ¿con cuántas jícaras te han remendado el casco? ¿qué costillas menos cuentas? ¿ni qué pie ni mano echas menos en tu cuerpo? Nada de esto te ha pasado; tú estás entero y verdadero, sin lacra ni cicatriz notable. Conque esa es una cobardía vergonzosa ó una grande conveniencia,

porque me parece que tú eres más *convenienciero*<sup>1</sup> que cobarde, y quisieras pasarte buena vida sin arriesgarte á nada; pero, hijo, eso está verde, porque el que no se arriesga no pasa la mar, y los trabajos se hicieron para los hombres.

—Hermano, le dije, no sólo es conveniencia, sino que soy miedoso de mí, y naturalmente no me hace buen estómago que me aporreen. Es cierto que en las malas aventuras que he tenido no me han sacado las tripas, ni me han quitado un brazo, ni una pierna, como dices; pero también es cierto que á excepción de la pendencia del indio, yo he llevado mis buenos porrazos sin buscarlos y sin provocar á nadie. Esto me ha hecho más cobarde; porque si sin meterme á valiente, y antes excusando las ocasiones, he salido tan mal librado, ¿qué fuera si yo hubiera sido valentón, espadachín y perdonavidas? Seguramente ya me hubieran despachado á los infiernos, á buen componer, haciéndome primero picadillo.

Conque así no, hermano, yo no valgo nada para cazador. Si acaso quieren les serviré de escribiente para su mayoría, de marmitón ó rancho, de mayordomo, de guardarropa, de tesorero, de caballero, de médico y cirujano, que algo entiendo, de asesor, de barbero ó cosa semejante; pero para esto de salir á campaña y batirme

<sup>1</sup> Amigo de sus conveniencias ó comodidades.—E.

con los caminantes, ni por pienso. Si fuera cosa de hallarlos amarrados y durmiendo, tal vez haría algo de mi parte, y eso acompañado con ustedes; pero esto de salirles mano á mano, viniendo ellos con las suyas sueltas y prevenidas con un sable, una pistola ó una escopeta, ¡Jesús me valga! ni pensarlo, camaradas, ni pensarlo. Ya digo que tengo miedo, y cuidado que confesar un hombre que tiene miedo, es el mayor sacrificio que puede hacer á la verdad; porque reflexionen ustedes y verán que apenas habrá uno que haga alarde de buen mozo, de sabio, de rico y cosa así; antes no tienen embarazo para tenerse en menos que otros en hermosura, en talento, en riqueza ó en habilidad; mas en tocándoles en lo valiente ¡cuerpo de Cristo! no hay un cobarde, siquiera con la boca; todos se vuelven Scipiones y Anníballes; nadie tiene miedo á otro y cada uno se cree capaz de tenérselas con el mismo Fierabrás.

Esto prueba que aunque no todos los hombres sean valientes, á lo menos todos quieren parecerlo cuando llega la ocasión, y tan lejos están de conocer y confesar su cobardía, que el más tímido suele ser el que más bravea cuando no tiene delante al enemigo. Conque ser yo la excepción de la regla y venir confesando que tengo miedo, es prueba de que soy un hombre bien á las derechas, pues no sé mentir, que es otra prenda tan apreciable como rara en los hombres.

—Mira cuánto has hablado, hermano, me dijo el Aguilón; no en balde te llaman Periquillo. Pero dime, hombre, ¿cómo siendo tan cobarde fuiste soldado? porque ese ejercicio está tan reñido con el miedo como la luz con las tinieblas.

—Eso no te haga fuerza, le contesté; lo primero, que yo fuí soldado de mantequilla, pues no pasé de un asistente flojo y regalón, sin saber, no ya lo que es una campaña, pero ni siquiera las fatigas del servicio. Lo segundo, que no todos los soldados son valientes. ¿Cuántos van á fuerza á la campaña, que no irían si los generales al aproximarse al enemigo publicaran, como Gedeón, un bando para que el que se sintiera débil de espíritu se fuera á su casa? Yo aseguro que no pasarían de trescientos valientes en el ejército más lucido y numeroso, si no la llevaban muy cocida, ó les instigaba la codicia del saco. Lo tercero y último, que no todos los que dicen que tienen valor saben lo que es valor.

Mr. de la Rochefoucauld, dice: «que el valor en el simple soldado, es una profesión peligrosa, que toma para ganar su vida.» Explica las diferencias de valores, y concluye diciendo: «que el perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que serían capaces de hacer delante de todo el mundo.» Conque ya ves que el ser soldado no es prueba de ser valiente.

—¡Caramba, Periquillo, y lo que sabes! me dijo con

ironía el Aguilucho; pero con todo tu saber estás en cueros; más sabemos nosotros que tú. En fin, que traigan los caballos, irás á ver nuestra casa, y si te acomodare te quedarás en nuestra compañía; pero no pienses que comerás de balde, pues has de trabajar en lo que puedas.

En esto fueron á traer los caballos, les apretaron las cinchas y yo monté en las ancas del de el Aguilucho, que era famoso, y nos fuímos.

En el camino iba yo lisonjeándome interiormente de la habilidad que había tenido para engañar á los ladrones, exagerándoles mi cobardía, que no era tanta como les había pintado; pero tampoco tenía ganas de salir á robar á los caminos exponiendo mi persona.—Si el modo con que éstos roban, decía yo á mi cotón, no fuera tan peligroso, con mil diablos me echara yo á robar, pues ya no me falta más que ser ladrón; pero esto de exponerme á que me cojan ó me den un balazo, eso sí está endemoniado. ¡Dichosos aquellos ladrones que roban pacíficamente en sus casas sin el menor riesgo de sus personas! ¡Quién fuera uno de ellos!

En estas majaderías entretenía mi pensamiento, mientras que trepando cerros, bajando cuevas y haciendo mil rodeos, fuímos á dar á la entrada de una barranca muy profunda.

A poco de haber entrado en ella avistamos unas

casas de madera, adonde llegamos y nos apeamos muy contentos; pero más alegres que nosotros salieron á recibirnos otros tres cazadores, que eran los que el Aguilucho me dijo que se habían extraviado pocos días antes de aquél.

Luego que vieron al Aguilón, le dieron muchos abrazos, y éste se los correspondió con gravedad. Entramos á la cueva y le manifestaron dos cajones de dinero, un gran baúl de ropa fina y un envoltorio de ropa también, pero más ordinaria, junto con una buena mula de carga y dos caballos excelentes.—Esto es, decía uno de ellos, todo el fruto del negocio que hemos hecho en siete días que faltamos de tu lado.

—No esperaba yo menos de la viveza de ustedes, dijo el Aguilucho; vamos á ver, repartámonos como hermanos.—Diciendo esto, comenzó á repartir la ropa entre todos, y el dinero se echó al granel en unos baúles que allí había, añadiendo el señor capitán: — Ya saben ustedes que en el dinero no cabe repartición, y así cada uno tomará lo que guste con mi aviso para lo que necesite. A este pobre mozo, dijo señalándome, es menester que cada uno lo socorra, pues es mi amigo viejo, viene atendido á nosotros, y aunque es miedosillo, ahí se le quitará con el tiempo; tiene lo más, que es no ser tonto; da esperanzas.

Apenas oyeron la recomendación aquellos buenos

prójimos, cuando todos á porfía me agasajaron. Uno me dió dos camisas de estopilla muy buenas; otro una cotona de paño de primera azul guarnecida con cordón y flecos de oro; otro unos calzones de terciopelo negro con botones de plata nuevos, y sin más defecto que tener el aforro ensangrentado; otro me habilitó de medias, calzoncillos y ceñidor; otro me regaló botas, zapatos y ataderos; otro me dió un sombrero tendido, de color de chocolate de muy rico castor, con su galoncito de oro al borde y una famosa toquilla, y el último me dió una buena manga de paño de grana con su dragona de terciopelo negro, guarnecida con galón y flecos de plata.

Después que todos me habilitaron con lo que quisieron, el Aguilucho me regaló su mismo caballo, que era un tordillo quemado del mejor mérito, y me lo dió sin quitarle la silla, armas de pelo, freno ni cosa alguna. A esta galantería añadió la de regalarme sus buenas espuelas y tantos cuantos pesos pude sacar en seis puñados, y me mandaron vestir á toda prisa.

Concluída esta diligencia, hicieron una seña con un pito, y salieron cuatro muchachonas no feas y bien vestidas, las que nos saludaron muy afables, y luego nos sirvieron una buena mesa, y tal que yo no la esperaba semejante en aquellas barrancas, tan ocultas y retiradas del comercio de los hombres.

Así que se acabó la comida, me dijeron cómo aquellas señoras estaban destinadas al servicio común de todos, y tanto ellas entre sí como ellos entre ellos se llevaban como hermanos, sin andar con etiquetas, y sin conocerse, en aquella feliz Arcadia, la maldita pasión de los celos.

Acabáronse estas inocentes conversaciones; mandaron ensillar los caballos del Aguilucho y del Pípilo, y se marcharon todos á ver si hallaban caza, dejándome solo con las mujeres, y diciéndome que me entretuviera en reconocer y limpiar las armas.

Yo jamás había limpiado una escopeta; pero las mujeres me enseñaron, y se pusieron á ayudarme; y para hacer el trabajo llevadero, me preguntaron mi vida y milagros, y yo las entretuve contándoles mil mentiras, que creyeron como los artículos de la fe; y en pago de mi cuento me refirieron todas sus aventuras, que se reducían á decir que se habían extraviado y habían venido á dar con aquellos hombres desalmados, una porque su madre la regañaba; otra porque su marido era celoso; aquella porque el Pípilo la engañó, y la última porque la tentó el diablo.

Así pretendía cada una disimular su lubricidad y hacerse tragar por una bendita; pero ya era yo perro viejo para que me la dieran á comer; conocía bien al común de las mujeres y sabía que las más que se pier-